

Guerra, técnica y modernidad. Sobre la muerte en la obra de Ernst Jünger

VICENTE RAGA ROSALENY*

Resumen: Existen muchas meditaciones y estudios sobre la muerte, pero algunos son excesivamente generales y otros no tienen profundidad teórica. La obra Jünger, sus novelas, diarios y ensayos, logra equilibrar ambas perspectivas.

A través de una meditación sobre el progreso de la técnica en la Modernidad, veremos como Jünger une la muerte en la guerra con el borrado del sujeto también en los tiempos de paz. La mirada entomológica de Jünger, que ha sido siempre injustamente criticada, puede mostrar la amenaza de la técnica para la vida, al tratar de la muerte bélica, pero ella misma no está exenta de distorsiones.

Palabras clave: muerte, técnica, Ernst Jünger, I Guerra Mundial, burocracia, Modernidad.

Abstract: There are many meditations and studies about the Death, but some are excessively general and others there are not theoretical depth. Jünger's work, his novels, diaries and essays, can balance both perspectives.

Through a meditation about technical's progress in Modernity, we will see how Jünger join war's death with subject's erase in peace's time too. Entomology's look of Jünger, that has been always criticized unjustly, can show technical's threat to life, when it treats about death war, but it has distortions too.

Key words: Death, technical, Ernst Jünger, First World War, bureaucracy, Modernity.

Morir, fallecer, perecer, el cese de las constantes vitales, nada parece más obvio, universal e inevitable. Todo individuo, todo ser viviente, estaría condenado a morir y desaparecer. O, al menos, con esa confianza expresan su «saber» sobre la muerte disciplinas de reciente factura como la tanatoantropología.¹

Pero, ¿es suficiente con detenerse en este nivel de lo obvio, de lo que se supone que todos sabemos? En realidad, incluso tras esta «seguridad» se revela la incertidumbre, los límites (más bien limitaciones) de la razón aplicada a cuestiones relacionadas con la muerte.² No es mi propósito, sin embargo, realizar una crítica radical de estas ciencias, desde una perspectiva cercana, por ejemplo, a la de la analítica existencial de la muerte heideggeriana. Antes bien, convendría con estas en la rea-

Fecha de recepción: 14 julio 2005. Fecha de aceptación: 25 enero 2006.

* Dirección postal profesional: Vicente Raga Rosaleny. Departamento de Metafísica y Teoría del Conocimiento. Universitat de València. Blasco Ibáñez, 30. 46010 Valencia. Correo electrónico: vicente.raga@uv.es

1 De hecho, estas primeras aseveraciones, de una confiada universalidad y pretendida espontaneidad, claridad y distinción, las cito del inicio de una obra introductoria de uno de los insignes representantes de la reciente antropología de la muerte, Louis-Vincent Thomas (L.-V. Thomas: *La muerte*. Barcelona, Paidós, 1991, pp. 9-10).

2 «La frontera entre la vida y la muerte no es fácil de determinar» (L.-V. Thomas, *op. cit.*, p. 35); «La muerte es una entidad abstracta y difícil de circunscribir» (L.-V. Thomas, *op. cit.*, p. 63).

lidad de las culturas de la muerte, por lo tanto, en la plausibilidad de un nivel de análisis cultural, de una indagación antropológica en el *no man's land*.³

Así pues, y teniendo en cuenta las señaladas limitaciones onto-fenomenológicas,⁴ mi ensayo, que trataría sobre la muerte en Ernst Jünger, y en un período concreto, el que gira en torno a la guerra del 14, pretende sortear los problemas a que puede abocar una lectura en exceso generalizadora y desatenta al contexto (histórico, cultural, literario y retórico).

De este modo, si bien mi lectura de los textos jungerianos, de aquellos que versan sobre el morir, se encuadrará en un marco más general, el que ha de ver con la aceleración en los más diversos campos del proceso de modernización desde inicios del siglo XX, no ha de descuidar ni los factores específicamente germanos (sociopolíticos, culturales, etc) que perfilan este proceso, ni aquellos que han de ver con el campo bélico en que tales procesos también se dilucidaron.

La industrialización, urbanización y extensión colonizante de la tecnología en todos los niveles del mundo de la vida, serían algunas de las características del desarrollo de la modernización socio-cultural al que he ido apuntando. Proceso propio, claro es, no sólo del entorno germánico, antes bien característico de Occidente, como asimismo lo es, por ejemplo, el concomitante crecimiento de la burocratización, rasgo también asociado tópicamente a la Modernidad y que tendría en el contexto académico-político germano, una clara formulación, como es la de la exposición ideal-típica de la burocracia a lo largo de la obra del sociólogo alemán Max Weber.⁵

La reflexión weberiana que no se nutriría menos, pese a la cerrada atmósfera académica, de las circunstancias en las que se elaboró su pensamiento, de lo que lo haría Jünger para la composición de su obra, reflejaba en parte el progresivo, y temprano, aumento de la burocracia en el finisecular Imperio Austrohúngaro, y en las restantes zonas de habla germana. Se daba ya allí y entonces, pues, una creciente organización en todos los ámbitos, progreso o proceso que los avances científico-técnicos no dejarían de subrayar: la lógica de la burocratización es la de la progresiva eficacia cuasimaquinal, con lo que se podía equiparar su creciente abstracción, o potenciarla, mediante el desarrollo y extensión de la técnica, que ha venido dándose como otro rasgo de la Modernidad postulada.

Asimismo, una serie de características técnicas, estratégicas o armamentísticas, también se habrían ido integrado en ese febril proceso de tecnificación. Lado éste que podría parecer el menos amable, y por donde conectaría la «experiencia» de la modernización weberiana con la de Jünger, y su posterior reflexión (como puede verse, superficialmente en las menciones del autor en su novela más celebre, *Tempestades de acero*, a la «batalla de papel», a la que debían enfrentarse los mandos intermedios en el frente, así como la cada vez más detallada planificación de las acciones bélicas, tal como principalmente se destaca en los últimos enfrentamientos, ya introducido, siquiera sea parcialmente, el rostro de la guerra técnica, o también, por lo que hace a la tecnificación/maquinización, de los rasgos asociados a la batalla de material). Sin embargo, el «descubrimiento»

3 No otra cosa, según la lectura derridiana, haría Heidegger, que repetir y rearticular este saber de sentido común, mostrando la necesaria, y jerárquica, dependencia de los saberes antropológicos y biológicos, respecto de una elucidación ontológica de lo que «es» y significa la muerte (y cuya crítica hilvanaría en la medida en que, presuponiendo un concepto de la muerte dada, eluden estas disciplinas tal aclaración (J. Derrida: *Aporías*. Barcelona, Paidós, 1998, pp. 79-81)).

4 Sin que tampoco esta jerarquía y prelación se entienda como inexpugnable, ni la supuesta carencia de presupuestos o el nivel filosófico propio y distanciado de las ciencias particulares antedichas, sean aseveraciones inatacables (de hecho, la propia lectura derridiana trataría de poner en cuestión alguno de esos «prejuicios» heideggerianos).

5 J. M. González García: *La máquina burocrática*. Madrid, Visor, 1989, pp. 26-28.

jungeriano consistiría en desvelar la escasa amabilidad de la dimensión supuestamente civilizada del progreso.⁶

I

El progreso de las ciencias dedicadas a velar por el desarrollo del bienestar del conjunto social y a tratar de que éste aumente, parecerían con el proceso de modernización, y ya en el momento previo al primer enfrentamiento mundial, alimentar el ideal utilitarista de la máxima felicidad para el mayor número y nada parecería más obvio que el contraste con la cara oscura precitada.

Y así, si atendemos a lo que sucedía en los territorios germanos, vemos que, con el cambio de siglo, a los grandes avances en la ciencia médica, se unieron los de la psicología y pedagogía, con tesis cercanas a las médicas y proyectos de diagnóstico científico de la personalidad para la eliminación y prevención de desajustes sociales y culturales. Y todo ello, pues, podría resumirse hablando de la apertura de un nuevo paradigma de higiene social.

La emergencia del nuevo discurso sociocientífico coincidió además con drásticos cambios en las condiciones de vida, sociales e individuales, como la reducción de la mortalidad y la elongación del ciclo vital. La muerte había dejado de ser un acontecimiento cotidiano y su retorno, convertida ahora en excepción que interrumpe la normalidad de la vida, chocaría con el ideal utópico de juventud, salud y vida sin límites forjado al calor del ascua técnica, en el hogar de la Modernidad germana.⁷

Pero si el avance científico-técnico no podía eliminar el sufrimiento, si el desarrollo técnico no podía convertir en definitivamente normal el estado de salud, si la vida individual iba degradándose poco a poco, aun podía trasladar el sueño de una vida eterna a un cuerpo mayor, que sí podría pretenderse eternamente joven y saludable; el «cuerpo» de la nación o *Volkskörper*.

Larga es la genealogía alemana que, junto, con otros factores, daría cuenta de los negros efectos del potencialmente inmortal cuerpo del *Volk* en la Alemania post-weimariana, pese a sus, en principio, efectos compensatorios aparentemente benéficos *tout court*, y por ello no voy siquiera a esbozar su recorrido. Sin embargo y en relación con la guerra moderna, cabe destacar algún aspecto de su participación en la constitución del Estado-nación moderno.⁸ La muerte del individuo en pro de la patria, los discursos en que la continuidad del gran cuerpo de la nación se sostiene sobre el sacrificio del soldado-ciudadano, se entrelazarían con la constitución de éste en tanto que dotado de derechos políticos, revelando al mismo tiempo esa hostilidad anunciada del progreso técnico-político y civilizatorio.

Funciona aquí un remedo del esquema teológico tradicional, donde la vida del individuo cobraría un sentido, a la luz de un destino más amplio, en el que el sufrimiento o la muerte no habrían sido

6 Como se desprende, por ejemplo, de las reflexiones, a medio camino entre la constatación, la exaltación y la advertencia fatídica, en torno a la técnica, que enlazan tanto con las «experiencias» de guerra, como con las urbanas, «pacíficas» (vale la pena consultar E. Jünger: *El corazón aventurero*. Barcelona, Tusquets, 2003a, especialmente «Endivias violeta», «El horror», «El canto de las máquinas» o «En la trastienda de las cafeterías» y contrastar lo que allí se dice con algunos pasajes de *Dirección única*, de un crítico destacado de Jünger, como lo fue Walter Benjamín (W. Benjamín: *Dirección única*. Madrid, Alfaguara, 2002, pp. 34, 41); en ambos surge la relación entre urbe, civilización, guerra, y barbarie, entre la máxima seguridad y desarrollo técnico, el progreso de la racionalidad ilustrada, y su producto peligroso, catastrófico, amenazante u horroroso).

7 D. J. K. Peukert: «*The Genesis of the «Final Solution» from the Spirit of Science*» en: T. Childers (ed.): *Reevaluating the Third Reich*. New York, Holmes and Heier, 1993, pp. 238-241.

8 E. Ocaña: *Más allá del nihilismo*. Murcia, Universidad de Murcia, 1993, pp. 59-61.

producto del simple azar de un tiro ciego. Consolación asimismo enegadora, pero efectiva, que daría cuenta de la efímera vida de los individuos, más en el campo de batalla, permitiendo su conversión en mera herramienta a disposición del Leviatán o munición de combate en las batallas de material o en la guerra técnica.

La burocratización de la muerte o, como diría Benjamín, la alianza entre civilización, racionalidad y barbarie, habría sido tema central de preocupación para un reducido abanico de pensadores de la época que nos ocupa. Esos pocos habrían avanzado u operado una prognosis *sui generis* del horror posible allí donde un orden totalmente tecno-administrado o burocratizado reducía al individuo a mero engranaje de la cadena, a mera función del entramado estatal.

Esos horrores entrevistados, «anunciados», transliterados del campo de batalla al texto, tienen, como destacará el concepto de movilización total jüngeriano,⁹ un denominador común. Y esto es algo que queda patente, por ejemplo, en textos como el de la alocución del arquitecto y ministro de defensa nazi Albert Speer ante el tribunal que le juzgaría en Nuremberg tras la II Guerra Mundial.¹⁰ La relación que allí Speer establece entre el poder despótico nazi y el enorme desarrollo de la técnica, como factor diferencial respecto a otras épocas, es la que en parte he tratado de ir apuntando. Era éste un poder técnicamente muy desarrollado, utilizable sin escrúpulos contra los más lejanos vivientes, y que habiendo extendido su lógica mecanizada al interior de la esfera laboral y vital *tout court*, no encontraba obstáculos para su despliegue, sino más bien, la mayor colaboración posible, brindada por el eficaz aparato burocrático y por el individuo dócilmente reducido a su función.¹¹

Esa es una de las consecuencias ético-políticas que podrían desprenderse del dominio de la técnica, y que sería posible unir a la reflexión sobre la cuestión de la muerte en Jünger. No en vano ligaba el hermano de nuestro autor, Friedrich George Jünger, guerra técnica y de material con el trabajo moderno en la industria, que en el contexto de la batalla moderna adquiere un cariz bélico, como la vida al completo. Vinculaba éste así la eliminación física en la batalla con el borrado del sujeto que deparan los procesos de modernización, a cuya lógica debía unirse la de la desaparición de la distinción entre frente y retaguardia, entre soldado y civil.

En ambos casos se manifestaría lo «monstruos»¹² que el mundo moderno ha alumbrado y que conduce a la maquinización total, provocando la distancia entre acciones, siempre humanas,¹³ y efectos o resultados globales. Si la fragmentación que producen los procesos, industriales o bélicos, habría aumentado constantemente, no lo habrían hecho así nuestras capacidades para sentir, imaginar y reaccionar, para hacernos cargo. En suma, con el progreso de la técnica, de la racionalidad, con la promesa de una claridad ilustrada, se habría habilitado, más bien, el espacio en que se desarrollaría la totalización tecno-administrativa de los Estados, con sus oscuras consecuencias.

9 Es éste un concepto metapolítico, que tanto se manifestaría en momentos de esfuerzo bélico, por ejemplo la Guerra del 14, como en tiempos de paz. La movilización total supondría, en su forma más abstracta, una concentración de poder cada vez mayor en el Estado y una ofensiva contra la libertad individual, de manera que, en el límite no quedara nada que no cupiera concebir como una función de aquel (E. Jünger: *Sobre el dolor*. Barcelona, Tusquets, 2003b, pp.97-99).

10 A. Speer: *Memorias*. Barcelona, El Acantilado, 2001, pp. 921-923.

11 F. G. Jünger: *Die Perfection der Technik*. Frankfurt am Main: Vittorio Klostermann, 1953, pp. 190-191.

12 G. Anders: *Nosotros, los hijos de Eichmann*. Barcelona, Paidós, 2001, p. 23.

13 Ni comparto las lecturas que, sustituyendo al individuo por un proceso sin sujeto, podrían derivar en una eliminación de las responsabilidades morales por las acciones, naturalizadas o tecnificadas, cometidas, ni la idea de que la alteración del propio sujeto bajo la férula de la máquina, dotándolo de los rasgos maquinales, lo convertiría en otro objeto (aunque sí la interpretación que entiende que con la técnica el sujeto se reduce a material fungible, a disposición del mecanismo que lo consume como trivial munición o combustible, así como al hecho de que la técnica introduciría un factor diferencial respecto a las circunstancias de un pasado más o menos reciente).

Ese mismo vínculo entre crítica de la técnica, sociedad civil y Estado, campo de batalla y de concentración, está presente no sólo, en cierta medida en Jünger, o en autores más o menos coetáneos, aunque en principio indiferentes a su ambigua condición política y social, al lugar de *outsider* guerrero que ocupaba, sino también en intelectuales que directamente se le enfrentaron o marcaron claras distancias con él, como Walter Benjamín. Éste, si bien deudor de ese mismo pesimismo tardorromántico en su meditación sobre la técnica, no dejó de señalar críticamente la lectura que de la guerra, en tanto que misticismo bélico, llevaba a cabo Jünger.¹⁴ Sin embargo, tanto en las referencias a la relación entre peligro y urbe, entre la fuerza elemental que late bajo ésta y el orden de las sociedades racional-burocráticas, como en la equiparación entre espacios habitados, de entrada hospitalarios, «civilizados», y espacios inhóspitos, mortales, bélicamente peligrosos, no dejaría de recordar aquello que he ido desgranando y que constituye el «aire pesado» en que se desarrolló la reflexión jüngeriana.

Coincidente con el análisis crítico benjaminiano resulta el que de la obra temprana de ese Jünger supuestamente pre-fascista realizó Wolfgang Kaempfer.¹⁵ El dibujo que Kaempfer ofrece del autor alemán como un romántico tardío, que reduciría y neutralizaría el horror bélico, la violencia política, el sinsentido de la muerte, mediante el recurso a su estetización (lo que parecería compadecerse bien con esa extraña obra «ensayística» de Jünger *La batalla como experiencia interior*), se complementaría con la supuesta frialdad entomológica de la óptica jungeriana, explícitamente asumida por éste, añadiendo, por último, la zoologización del ser humano al resto de males que compondrían el lastre crítico de imputaciones realizadas a la obra del alemán.

Sí parece clara y justificada la atribución al pensador alemán de un análisis crítico de la voluntad de seguridad burguesa, en el marco de una lectura nietzscheana de la modernidad, que muchas veces se pasaría por alto, y su ligazón con la cuestión de la guerra, comprendida desde una perspectiva metafísica determinada. Sin embargo, y como ya puede deducirse de lo dicho, dista mucho esto, del supuesto ardor guerrero de un Jünger neoconservador, representante de un supuesto nuevo «fascismo» militarista. O al menos, puede decirse que si hay distorsiones, que se dan, estas no serían producto de un interés político, de una legitimación estatal, sino más bien intentos de lidiar con el sinsentido, prácticas de consolación, o efectos de una metafísica bien trabada.

A esta observación crítica podrían sumarse matizaciones diversas como, por ejemplo, la que debería hacerse a esa rápida asimilación, emprendida por diversos autores, del buen uso de la pluma de Jünger a una especie de encubrimiento estético del horror: nada impediría que la mirada entomológica, o el punto de vista del *outsider* pudieran ser tan reveladoras y atentas al sufrimiento o la muerte, e incluso más, que otras.¹⁶

Y, del mismo modo, cabría cuestionar la valoración negativa o cómplice tanto de la distancia, como de la perspectiva entomológica. Por un lado, resulta concebible defender que el ojo frío y distante del narrador remeda la frialdad de la era técnica, presentándose afinado, pues, como se dice de la fotografía, para captar determinados rasgos objetivos de una época objetualizante. Por otro lado, la mirada entomológica, además de hacer visible lo pequeño, lo presente, pero oculto al ojo humano,

14 W. Benjamín: *Iluminaciones IV*. Madrid, Taurus, 1991, pp. 47-48.

15 E. Ocaña, *op. cit.*, p. 135, n. 7.

16 Ya que como diría Simón de Beauvoir en el prefacio a ese estremecedor libro que recoge los diálogos del famoso documental «Shoah» de Claude Lanzmann (una de las más extensas obras cinematográficas dedicadas a la indagar en el exterminio del pueblo judío, llevado a cabo durante la Segunda Guerra Mundial), horror y belleza pueden aliarse de un modo «revelador» y no siempre sólo con efectos estetizantes, enmascaradores (Cl. Lanzmann: *Shoah*. Madrid, Arena Libros, 2003, p. 10).

lo que siempre esta ahí, pero jamás se ve, otra vez estaría afinada con la nueva realidad, la realidad moderna tecno-industrial, burocratizada, bélica, donde el ser humano con facilidad se vería empujado a las categorías zoológicas u objetualizantes, susceptibles de eliminación masiva, tortura, sacrificio (adquiriendo tal mirada, por lo tanto, una dimensión testimonial, crítica, relevante).

II

Habría, sin embargo, que plantear ciertas prevenciones, que afectan a la comprensión jungeriana de la guerra. Abogar por una comprensión «moderna» del autor alemán, por que la suya hubiera sido una perspectiva crítica respecto de la técnica, y su mirada una propiamente recta o no distorsionada respecto al tipo de experiencia del morir que la época de la guerra técnica depara, es quizá arriesgarse en exceso.

Mucho menos riesgo comporta, considerar un punto de vista que acepte tensiones irresueltas y ambigüedades, por lo que respecta a la actitud y reflexiones jungerianas ante la técnica, la guerra, la muerte y, en general ese concepto y término casi nunca empleado por él de «Modernidad».¹⁷

Ambigüedad que empieza, por ejemplo, con sus opciones estilísticas, más cercanas a la tradición goetheana, a la novela de formación (que eso es, al menos parcialmente y con su estilo objetivo, *Tempestades de acero*), y al gusto por los «buenos viejos tiempos» (como en los episodios y menciones a los lansquenets), que a la experimentación formal y al desgarrar expresionista o al deseo de ser absolutamente moderno.¹⁸

Sin embargo, por otra parte, sería cierto, al mismo tiempo, que en sus novelas épicas no habría ya dioses que contemplasen las batallas, ni «héroes» que las ganasen o perdiesen. Y así, en sus obras primeras asistimos al transito u oscilación del guerrero al soldado, del hombre que detrás de la máquina controla la técnica desatada, a aquel que, finalmente cae bajo su dominio. El nuevo individuo no tendría ya rostro o éste estaría serializado, disuelto en tanto que sujeto y convertido en un elemento material más, no sólo en el campo de batalla, pues no en vano la tecnificación de la guerra enlaza con la del trabajo.¹⁹

17 J. Hervier: «Ernst Jünger et la question de la modernité» en: L. Dupeux (ed.): *La «Révolution conservatrice» dans l'Allemagne de Weimar*. París, KIMÉ, 1992, pp. 61-62.

18 El remedo a Baudelaire no es inocente, ni el gusto de Jünger por el autor simbolista francés casual, o al menos eso es lo que puede desprenderse de una interpretación del poeta cercana a la que, por ejemplo, propone Foucault. Para éste, lo que definiría la acepción del «ser moderno» baudelaireano sería no tanto el reconocimiento y aceptación del movimiento perpetuo de la realidad (la modernidad como «lo transitorio, lo fugitivo, lo contingente»), como la adopción de una cierta actitud respecto de ese movimiento, reconquistando algo eterno, «heroico», que está en el mismo momento presente, y que solo el «pintor de la vida moderna» frente al *flâneur*, puede captar (M. Foucault: «¿Qué es la Ilustración?», *Revista de pensamiento crítico* (Madrid; Barcelona), n° 1, Mayo-Julio 1994, p. 13).

Ese sería precisamente el nexo de unión con una de las imágenes más poderosas, y persistentes, que parece subyacer al pensamiento jungeriano. La dualidad entre un fondo estable, inmutable, de quietud, positivamente valorado, y una superficie en constante mutación (entre la Figura, del trabajador, por ejemplo, y sus múltiples manifestaciones), móvil, acelerada y enigmática, que requiere de una cierta mirada para descubrir lo autentico, lo real, estático e inmutable, que aguarda bajo su cifra.

19 E. Jünger: *Tempestades de acero*. Barcelona, Tusquets, 1987, pp. 25-26, 35, 65-66, 97-101, 113ss, 134, 148, 184, 246-247, 280; E. Jünger: *La guerre comme expérience intérieure*. S. l., Christian Bourgois, 1987, pp. 161-163 (sin pretensiones de ser exhaustivo). También cabría señalar las continuas referencias jungerianas al transito de la guerra de posiciones o trincheras, en que se ubican los inicios de su experiencia en el frente, y que constituyeron las estrategias primeras de la confrontación bélica del 14, frente a las batallas campales tradicionales, a otros tipos de guerra (en primer lugar, la de material, que merece las descripciones naturalizadas más vividas de *Tempestades de acero*; y en segundo lugar, la de la

En los frentes de la Guerra del 14 se borró pronto la ilusión primera con que se acudía al combate, los sueños de heroísmo resecados sobre el tedio de las trincheras y, más allá de esto, según la lectura jungeriana, lo que últimamente se habría borrado en ellos habría sido el individuo. Desaparición del sujeto y pérdida de las señas de identidad que no serían sino efecto de la guerra que la técnica declara al individuo, explicitada en este tipo de combates.²⁰

La paralela invasión de la técnica, en el ámbito laboral y en el bélico tal como aparece en la obra de Jünger, puede trazarse, precisamente ya de entrada, en el carácter de artefacto de paisaje bélico. El paisaje tecno-industrial del *no man's land* devendría metafórica fábrica moderna, principalmente en tanto que convierte en meras piezas a los soldados, que aseguran el funcionamiento del mecanismo siendo perfectamente sustituibles y eliminados con la misma facilidad con que se cambia una pieza de una máquina cuando deja de funcionar. Al «soldado desconocido» se le eliminaría de modo impersonal, con medios técnicos, fuego masivo, armamento de precisión, y el azar repartiría una muerte sin solemnidad, ni gloria alguna. En la guerra moderna, la Guerra Total²¹ se manifestaría pues la alianza completa entre progreso racional, técnica y guerra por lo que se refiere a la cuestión de la muerte que nos ocupa.

Poco que ver, pues, lo que se desprende de esta lectura de los textos de Jünger, con la habitual interpretación de su realismo heroico juvenil, como representante del pre-fascismo.²² Pero, de todos modos, se ha de insistir en la complejidad jungeriana, ya que la distinción entre autores que mostrarían la Guerra del 14 como una gesta heroica, con la exaltación militarista y la rémora heroica de rigor, y aquellos que, desde posiciones pacifistas y antimilitaristas, denunciarían su absurdo carácter de matanza sin sentido, serviría bien para clasificaciones esquemáticas, pero no capta las complejas tensiones y ambigüedades de un autor como Jünger.

Éste, en muchos casos, por ejemplo, y en referencia a su actitud por lo que respecta a esa tecnificación (civil/bélica) característica de los procesos de modernización, parece simplemente consta-

técnica, con los tanques y aviones, y que no llegaría a desarrollarse completamente en esta guerra), ligado este avance a la creciente tecnificación y entrada del mundo laboral en el de la confrontación armada o, mejor, en virtud de la creciente absorción de los diversos ámbitos de la vida humana en la esfera de la técnica.

- 20 E. Ocaña: *Duelo e historia*. Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1996, pp. 19-20; «Entre las nueve y las diez de la noche el fuego alcanzó una virulencia demencial. La tierra temblaba, el cielo parecía una inmensa caldera en ebullición. (...) Sentíamos en los oídos y en la cabeza violentos dolores; por ello, la única forma de entendernos consistía en aullar palabras, que se quedaban cortadas. La capacidad de pensar lógicamente y el sentimiento de la gravedad parecían anulados.» (E. Jünger: *Tempestades de acero*. Barcelona, Tusquets, 1987, pp. 100-101), véase también, hacia el final del libro, el pasaje en que recoge, sintácticamente, la fragmentación de la experiencia propia del que ha estado inmerso en una guerra de estas características (ligándola a la lectura de un libro fragmentario y rupturista como sería el *Tristram Shandy*).
- 21 Noción desarrollada en primer término por un estratega, el general italiano Giulio Douhet (1869-1930), que desarrollaría una extensa obra en el campo de la técnica y la táctica militares, cuyo objetivo era aplicar la eficacia de los métodos científicos al arte bélico. Sobre la base de la experiencia de la Guerra del 14, Douhet fue uno de los primeros en defender la justificación pragmática de la aniquilación masiva, así como la indistinción entre frente y retaguardia, entre combatientes y no combatientes. Sus tesis, recogidas en manual, tuvieron enorme éxito y difusión mucho más allá de la Italia de Mussolini, como la II Guerra Mundial y los conflictos posteriores han venido a confirmar reiteradamente (E. Ocaña: *Más allá del nihilismo*. Murcia, Universidad de Murcia, 1993, pp. 210-211).
- 22 Precisamente incluso en la obra más cercana a una oscilante estetización del conflicto bélico, *La guerre comme expérience intérieure*, se advierten, por ejemplo, pasajes autocríticos, relativos a la ausencia de lirismo de los tiempos de la batalla de material: «*La guerre se couronnait jadis de journées où mourir était joie, dressées au-dessus des temps comme monuments lumineux à la bravoure virile [...]. Mais la tranchée faisait de la guerre un travail de manoeuvre, des guerriers les journaliers de la mort Pour la méditation lyrique, pour le respect de sa propre grandeur, la tranchée n'avait point de place. Rien de fin qui ne fût moulu et pilé, rien de délicat qui ne fût happé par les flammes crues d'un processus brut*» (E. Jünger: *La guerre comme expérience intérieure*. S. l., Christian Bourgois, 1997, p. 60).

tar el hecho de la movilización total. En otros, sin embargo, y contrastando con la inicial actitud pasiva, establece una crítica, enuncia una amenaza o diagnóstico y prognosis, como al tratar la misma transformación creciente de los medios del combate y de la batalla, en virtud de su tecnificación.

En esa vertiente crítica hace Jünger referencia, entre otras cosas, a la movilidad y capacidad de alcanzar cada vez mayores distancias de esos armamentos técnicamente desarrollados.²³ Y a ello Jünger añade un comentario crítico, interpretable en clave militar, esto es, como derivable del añejo código de honor del guerrero, pero integrado en un contexto más amplio: en la época de los ejércitos de masas, de la guerra técnica, la destrucción a distancia redoblaría la crueldad con que es pensado y asesinado el enemigo.

En ninguna guerra anterior, según Jünger, el enemigo habría sido imaginado con la fría xenofobia con que lo habría sido en la Guerra del 14.²⁴ Afirmación esta que a mi juicio, lejos de ser una mera impresión subjetiva, se enlazaría, aun cuando no se formule explícitamente, con la cuestión bien conocida y debatida, a lo largo de una prolongada cadena textual, de que la distancia excesiva provoca indiferencia.²⁵ Discusión ésta relevante en la época del asesinato masivo y a distancia, donde frente al combate cuerpo a cuerpo, que requiere de la superación de los recursos morales, se muestra un soldado inmunizado, neutralizados los tales recursos por mor de la dinámica de ese tipo de combate que habilita la técnica.²⁶

Aquí estaría el punto en que se reestablece la conexión con la crítica de la técnica jungeriana, dado por el paralelismo que puede establecerse entre este distanciamiento, propio del combate técnico, y el que en el espacio del trabajo y de la burocracia, se produce. También la tecnificación burocrática genera distancias, disminuye simpatías y facilita una reducción a meros números de las grandes cantidades de gente sometida a sus procesos.

En ambas vertientes de la vida tecnificada, se propiciaría asimismo, por la propia dinámica de la técnica, la disolución de la responsabilidad en el interior del laberinto burocrático, en las innumerables mediaciones que segmentan el proceso productivo, o la cadena de mando y las mediaciones tecnológicas que configurarían el moderno rostro de la guerra. En ese sentido serían posibles las mayores atrocidades, o la crueldad más negra, tal y como lo crítica Jünger, dada la reducción bajo mínimos de los recursos morales, de las posibilidades de una cierta identificación o del simple recurso del viejo guerrero al honor y reconocimiento del adversario, ahora simple número, ni siquiera puntito en el espacio geométrico de las fotografías aéreas.²⁷

23 N. Sánchez Durá (ed.): *Ernst Jünger. Guerra, técnica y fotografía*. Valencia, Universitat de València, 2002, pp. 123-124.

24 N. Sánchez Durá (ed.), *op. cit.*, pp. 183-184.

25 Puede leerse en C. Ginzburg: *Ojazos de madera*. Barcelona, Península, 2000, pp. 207-222, un interesante recorrido o genealogía de esta idea, ligada precisamente a las cuestiones morales y reparos a los que vengo aludiendo, desde Aristóteles a nuestros días, pasando por Diderot, Chateaubriand y Balzac, entre otros.

26 J. Glover: *Humanidad e inhumanidad*. Madrid, Cátedra, 2001, pp. 74-78.

27 No comparto, sin embargo, el pesimismo de esta exposición-relectura de las ideas jungerianas o, al menos, el fatalismo que de su meditación sobre la técnica (y de la heideggeriana) se desprende. Puede que las posibilidades de actuar en contra del proceso de tecnificación se vayan minimizando, que el sujeto se diluya en ambos lados de la mirilla telescópica del arma y de la tecnificación, que de ello puedan seguirse las mayores atrocidades (como de hecho, ha sucedido), pero que el reto sea mayor no implica que no continúe siendo un reto al que el sujeto puede enfrentarse. Derivar el «totalitarismo político» del «totalitarismo de la técnica» tanto encubre responsabilidades políticas, como genera un derrotismo y una dinámica de colaboración con aquellos procesos técnicos que se encaminan a nuestra eliminación, en tanto que sujetos políticos y morales.

De hecho, aun cuando es posible derivar ese fatalismo de la obra de Jünger, donde el rostro de la técnica que diseña el tipo cubriendo los rostros de las personas acaba por diluir estas (N. Bolz: *Auszug aus der entzauberten Welt*. Munich,

Ésta sería pues la lucidez que exhibe la *meditatio mortis* jungeriana, el pensamiento en torno al morir en la época de la técnica y, por lo tanto, en torno al vivir o su sucedánea supervivencia en un mundo automatizado. Pero esta lucidez y precisamente en su núcleo, el morir, está más plagada de tensiones, si cabe, que las ya explicitadas en mis análisis previos.

La muerte, he dicho, se lee como sinsentido, como algo absurdo, por las características propias de la guerra técnica. Pero en otros muchos momentos, en esos mismos escritos de Jünger y, de manera eminente, en sus ensayos postbélicos no es esto lo que ocurre. Antes bien, lo que sucede es que el intento de aplicar un cauterio de sentido mediante sus escritos al absurdo de la muerte bélica, deviene en intento de consolación mediante el recurso a las legitimaciones, a la algodicea,²⁸ a la trascendencia.

Frente a la proposición, mediante esa visión entomológica de la muerte, de una reformulación de la *ars moriendi* perdida en el mundo tecnificado, donde el temerario o corazón aventurero que pone en juego su vida, que se enfrenta a la posibilidad más radicalmente nuestra, la de la muerte, puede disfrutar plena y libremente de la vida,²⁹ reflexiones posteriores que pretendían dotar de sentido y unidad, a lo que se vivió fragmentariamente y como mero absurdo,³⁰ habrían sido intentos de aferrarse a un cierto orden superior donador de sentido y consolador de las pérdidas. Aunque, y de nuevo aquí se muestra su productiva tensión, sin que esta consolación tuviera, en su caso, el carácter de una estrategia de legitimación política

Dos son al menos, pero reducibles a una, las estrategias consoladoras que identifico en estos textos tempranos. Por un lado, y en relación con el estilo jungeriano, el recurso a la naturalización, a una metafórica que asimila los efectos de las armas en la batalla de material a las fuerzas de la naturaleza.³¹ Por el otro la referencia a la cadena de la vida, al indisoluble lazo entre vivos y muertos, que permitiría confiar en una renovación y un fruto abundante de vivientes que curará la herida que habría producido la pérdida de tantos otros.³²

Wilhelm Fink, 1981, p. 166), y la narcosis del automatismo deviene en normalizado y insalvable estado, también es posible ver lo que de reto a las potencialidades humanas representa. La crítica o meditación sobre la técnica jungeriana sería pues, en parte, ambigüamente, instancia propiciadora, propulsora de las capacidades emancipatorias de los individuos.

28 Tomo el término de E. Ocaña: *Duelo e historia*. Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1996, p. 10, que a su vez lo toma de P. Sloterdijk: «Algodicea significa tanto como una interpretación metafísica y dadora de sentido del dolor. En la modernidad aparece en lugar de la teodicea como su inversión. En ésta la formulación era: ¿cómo se pueden conciliar el mal, el dolor, el sufrimiento y la injusticia con la existencia de Dios? Ahora la pregunta viene a ser ésta: si no hay Dios, si no hay un contexto de sentido superior, ¿cómo se puede soportar el dolor?». P. Sloterdijk: *Crítica de la razón cínica II*. Madrid, Taurus, 1989, p. 291.

29 E. Ocaña: *Más allá del nihilismo*. Murcia, Universidad de Murcia, 1993, pp. 19-20, 33-39, 175.

30 E. Jünger: *El mundo transformado. El instante peligroso*. Valencia, Pre-textos, 2005, pp. 18-19.

31 R. Woods: *The Conservative Revolution in the Weimar Republic*. Londres, Palgrave, 1996, pp. 15-17, así como, especialmente los textos de Jünger que con el título «*Die Unvergessenen*» se recogen en E. Jünger: *Politische Publizistik: 1919-1933*. Stuttgart, Klett-Cotta, 2001, pp. 383-397, donde la idea de la no accidentalidad de ningún suceso, especialmente los luctuosos, relacionados con la guerra y la muerte, el hondo sentido de todo lo que acaece y la clásica noción de la inevitabilidad o *fatum*, entre otras, contribuyen a elaborar estrategias de consolación por los caídos en la línea distorsionadora aquí criticada.

32 «Oh tú, parcela de la soleada Francia a la que nos han traído fuerzas que son más poderosas que nosotros-no creas que nuestro corazón permanece frío en medio de esta desolación. Completamente insoportable sería que no presintiésemos que detrás de la aniquilación llega, apremiante, una vida nueva (...). Debemos desterrar, por tanto, toda aflicción, pues volverán a ser cultivados los campos, volverán a ser edificadas las aldeas y volverán a ser engendrados más seres humanos de los necesarios.» (E. Jünger: *Tempestades de acero*. Barcelona, Tusquets, 1987, pp. 327-328). La pregunta que cabría hacerse ante tales expresiones o manifestaciones consolatorias, en la lógica de la compensación, sería la de su verdadera eficacia ante el dolor propio o la amenaza del sinsentido de la muerte, lo que quizá revelara su carácter postizo y su rentabilidad encubridora.

A ambas estrategias subyacería la confianza jungeriana en una supuesta legalidad secreta que tanto ahorraría el sufrimiento, que la era de la seguridad intenta eliminar o mantener en sus bordes, más allá de lo racional, prestándose tal legalidad a cobrar sus ineludibles intereses de dolor; como garantizaría una segura paz mundial futura, sacrificial y, asimismo, segura como toda *promesse de bonheur*.

Así, de una parte, mediante la naturalización se repropondría una lectura positiva del sinsentido: si son las fuerzas de la ciega e ineludible naturaleza las que, como el *fatum*, excediendo al ser humano, le destinan la muerte o la vida, la conciencia de esta necesidad daría al menos la consolación de lo inevitable e invitaría a plegarse a ello al minúsculo elemento de la gran Naturaleza que es el individuo. De otra parte, saberse parte de la gran cadena del ser, y elemento propiciador de nuevas vidas, esperar en un restablecimiento futuro, igualmente «indudable», de la abundancia vital debería consolar por la pérdida de la individualidad, en pro de ese colectivo bien futuro.

Mediante la algodicea se pretendería reunir todo el capital mundial del dolor e invertirlo en un esperado nuevo orden mundial pacífico, que el soldado-trabajador contribuiría a cimentar mediante sacrificios sangrientos.³³ Pero la algodicea, si bien trata, como se ve, de dar sentido al sufrimiento y taponar las heridas que su ausencia provoca, no habría logrado, al menos en Jünger, llevar a cabo por completo su tarea de ocultamiento y distorsión, y cada cierto tiempo, la sombra del dolor y de la muerte cubriría con su triste manto el falaz intento de la mentalidad expiatoria.³⁴

III

Expone Frank Kermode en un interesante ensayo³⁵ la importancia de un final en la novela, vinculándolo al género apocalíptico, tan relevante a lo largo de la Edad Media, así como, en última instancia, su papel por referencia a ciertas necesidades culturales e incluso biológicas ineludibles. La necesidad de hallar sentido a nuestras vidas modelada sobre las narraciones cuyos finales ficticios, cuyo carácter de ficción conocemos, nos impulsarían a buscar y elaborar esquemas, los de la trama novelística, sobre los que trazar o dotar de sentido a nuestras propias vidas, mediante la coordinación del *in media res* en que nos desenvolvemos, con el inicio olvidado y el final imposible (hitos ambos a los que no podemos asistir, pero que nos configurarían radicalmente).

33 Algo así como una versión moderna de un mito sacrificial cosmogónico, del estilo de los que recogió en sus obras el amigo y compañero intelectual de Jünger, Mircea Eliade (destacando, por ejemplo, esa leyenda sangrienta, balada rumana tradicional, del maestro de obras Manole y el monasterio de Argesh, que éste solo logro construir tras regar con la savia vital del ser querido los cimientos (M. Eliade: *De Zalmoxis a Gengis Khan*. Madrid, Cristiandad, 1985, pp. 167-191)).

34 Una interpretación interesante de esta búsqueda de sentido jungeriana es la que defiende su carácter intramundano o no trascendente, hilvanándola con las tesis acerca de las pulsiones, defendidas por el autor en *El combate como experiencia interior* (E. Jünger: *El mundo transformado. El instante peligroso*. Valencia, Pre-textos, 2005, pp. 52-53). Parece clara la vinculación establecida entre el fondo primitivo, siempre latente en el individuo civilizado y presto a romper la cáscara con que la civilización le recubre desencadenando la sed de sangre del animal humano, y la teoría de las pulsiones esbozada por Freud en la correspondencia que este mantuvo con Einstein, y al hilo de la cuestión del porqué de la guerra, que este le planteaba precisamente en el período intermedio entre los dos conflictos mundiales. Sin embargo, si bien parece clara la vinculación establecida entre esas tesis y el sentido o explicación de las guerras, no lo sería tanto el vínculo entre este sentido y el que establece la algodicea.

Es más, a mi juicio, el sentido que la algodicea propone nace de fuentes extrahistóricas y más en concreto, metafísicas. La naturaleza bélica del mundo y la agresividad primitiva del sujeto tendrían su fuente en la voluntad de poder antes citada que todo lo inficiona y que permanece como fondo o figura inalterable sobre la que se suceden los cambios históricos, como legalidad secreta en la que reposa el azar del campo de batalla.

35 F. Kermode: *El sentido de un final*. Barcelona, Gedisa, 1983.

Vida y novela, sin embargo, no son lo mismo para Kermode (ni, añadiría yo, para Jünger), e identificarlos propicia la inmersión en la mitología, tal como la interpreta el crítico literario, esto es en la asunción inmediata de las narraciones con sentido pleno como trasunto de la vida. Negar cualquier contacto o cercanía, por otro lado, supone privarse de las capacidades reveladoras del relato para la vida, especialmente por lo que respecta a las potencialidades de un final, mecanismo literario mediante el que se transmuta el tiempo de la novela.

La mera sucesión cronológica de momentos iguales se sustituiría o convertiría en encadenamiento de momentos relevantes, plenamente significativos, *kairos*, por mor de la institución de un final donador de estructura y sentido, sin dejar de ser consciente de la distancia que media entre ese final que armoniza el medio con principios y finales, y nuestras propias vidas, disonantes respecto de ese orden. De modo semejante, la escritura jüngeriana oscilaría entre la mitología laica de un sentido pleno y sin fisuras, y la *ars moriendi* literaria, que mediante la revelación de la posibilidad más radical de nuestras existencias, la muerte, y la carencia de fundamentos en que se asienta la vida, entrelazaría trama novelística, donadora de estructura y relevancia significativa a los instantes que componen la vida, y conciencia de la distancia y el sinsentido amenazante de esa muerte técnica que la Modernidad nos depara.

En el peligro esta lo que nos salva, como decía el poeta, y en Jünger se abre el tenso espacio, hasta esta época quizá invisible, en que la salvación se jugaría entre el campo de la trascendencia sin dios de la algodicea, y la rescendencia humana, que aboga por la asunción del dolor y la muerte (absurda, como evidencia y dispone la técnica) sin ambages. Este es el legado que, por lo que respecta a la mirada en torno a la muerte, hemos heredado de Jünger; no en vano como decía al final del último escrito incluido en la edición castellana de *Tempestades de acero*, su afición eran los telescopios y los microscopios, capaces de hacer ver lo más grande y lo más pequeño, y en el campo de la literatura, su modelo a emular, los escritores capaces de traer a la visión lo que antaño fuera invisible.

Bibliografía

- Anders, G.: *Nosotros, los hijos de Eichmann*. Trad. de Vicente Gómez. Barcelona, Paidós, 2001 (2ª ed.).
- Benjamin, W.: *Iluminaciones IV*. Trad. de Roberto Blat. Madrid, Taurus, 1991, pp. 47-58.
- Benjamin, W.: *Dirección única*. Trad. de Juan J. del Solar; Mercedes Allendesalazar. Madrid, Alfabeta, 2002.
- Bolz, N.: *Auszug aus der entzauberten Welt*. Munich, Wilhelm Fink, 1981, pp. 161-169.
- Derrida, J.: *Aporías*. Trad. de Cristina de Peretti. Barcelona, Paidós, 1998.
- Eliade, M.: *De Zalmoxis a Gengis Khan*. Trad. de J. Valiente Malla. Madrid, Cristiandad, 1983, pp. 167-191.
- Foucault, M.: «¿Qué es la Ilustración?», *Revista de pensamiento crítico* (Madrid; Barcelona), nº 1, Mayo-Julio 1994, pp. 10-22.
- Ginzburg, C.: *Ojazos de madera*. Trad. de Alberto Clavería. Barcelona, Península, 2000, pp. 207-222.
- Glover, J.: *Humanidad e inhumanidad*. Trad. de Marco Aurelio Galmarini. Madrid, Cátedra, 2001.
- González García, J. M.: *La máquina burocrática*. Madrid, Visor, 1989.
- Hervier, J.: «Ernst Jünger et la question de la modernité» en: L. DUPEUX (ed.): *La «Révolution conservatrice» dans l'Allemagne de Weimar*. París, KIMÉ, 1992, pp. 61-73.
- Jünger, E.: *Tempestades de acero*. Trad. de Andrés Sánchez Pascual. Barcelona, Tusquets, 1987.

- Jünger, E.: *La guerre comme expérience intérieure*. Trad. de François Poncet. S. l., Christian Bourgois, 1997.
- Jünger, E.: *Politische Publizistik: 1919-1933*. Stuttgart, Klett-Cotta, 2001, pp. 383-397.
- Jünger, E.: *El corazón aventurero*. Trad. de Enrique Ocaña. Barcelona, Tusquets, 2003a.
- Jünger, E.: *Sobre el dolor*. Trad. de Andrés Sánchez Pascual. Barcelona, Tusquets, 2ª ed., 2003b.
- Jünger, E.: *El mundo transformado. El instante peligroso*. Trad. de Ela Fernández Palacios. Valencia, Pre-textos, 2005.
- Jünger, F. G.: *Die Perfection der Technik*. Frankfurt am Main, Vittorio Klostermann, 1953.
- Kermode, F.: *El sentido de un final*. Trad. de Lucrecia Moreno. Barcelona, Gedisa, 1983.
- Lanzmann, CL.: *Shoah*. Trad. de Federico de Carlos Otto. Madrid, Arena Libros, 2003, pp. 7-10.
- Ocaña, E.: *Más allá del nihilismo*. Murcia, Universidad de Murcia, 1993.
- Ocaña, E.: *Duelo e historia*. Valencia, Edicions Alfons el Magnànim-IVEI, 1996.
- Peukert, D. J. K.: «*The Genesis of the «Final Solution» from the Spirit of Science*» en: T. CHILDERS (ed.): *Reevaluating the Third Reich*. New York, Holmes and Heier, 1993, pp. 234-252.
- Sánchez Durá, N. (ed.) : *Ernst Jünger. Guerra, técnica y fotografía*. Trad. de Joan B. Llinar et alii. Valencia, Universitat de València, 2002, 2ª ed.
- Speer, A.: *Memorias*. Trad. de Ángel Sabrido. Barcelona, El Acontilado, 2001, pp. 921-923.
- Thomas, L.-V.: *La muerte*. Trad. de Adolfo Negrotto. Barcelona, Paidós, 1991.
- Woods, R.: *The Conservative Revolution in the Weimar Republic*. Londres, Palgrave, 1996.